

El islam está presente.

por el Dr. Norberto Méndez.

(Artículo del Boletín de ALADAA, Sección Argentina, de Marzo, 2011, pp. 31-35).

Es conocido que uno de los argumentos principales esgrimidos por los autócratas de Medio Oriente para legitimizar sus gobiernos es erigirse como única alternativa frente a un islam militante que tiene por objetivo la constitución de un estado islámico que impondría la *sharía* (ley divina islámica) en su faceta más fanática, discriminando a las mujeres, imponiendo a toda la población una vida integrista negadora de toda libertad individual. El apoyo de EE.UU. a estos gobernantes hoy vilipendiados (y especialmente el control sobre sus fuerzas armadas) tenía como principal propósito combatir cualquier actividad política, ya que la gran potencia daba por descontado que de instalarse una democracia verdadera ésta traería como resultado el acceso de los grupos islamistas al poder y consecuentemente una amenaza a los intereses norteamericanos dada las posturas anti-occidentales de la mayor parte de estos grupos.

Por otro lado, la información que brindan casi todas las redes de comunicación sobre los acontecimientos de la revuelta árabe que se ha extendido desde el Atlántico al Golfo no dejan de mencionar que las manifestaciones y las acciones de los miles que se levantan contra las dictaduras de la región no están impulsadas por el islam (generalmente asociado a lo que se denomina fundamentalismo islámico en círculos occidentales) y que lo novedoso es precisamente la ausencia de factor religioso alguno entre los protagonistas de esta oleada democrática.

Sin embargo, una mirada más atenta nos muestra que el islam también está presente entre los protagonistas de esta rebelión. Ante todo debe recordarse que el islam es la religión predominante en el mundo árabe y que sigue arraigado firmemente en estos países en efervescencia tanto en lo religioso como en lo cultural. Cómo dejarlo de lado si hemos visto por los medios que a la hora de la

oración los millones de ocupantes de la plaza de la Liberación de El Cairo se postraban rezando hacia la Mecca. Ese conglomerado heterogéneo no sólo está unido en sus demandas por la democracia y la justicia sino que comparte creencias que se han configurado y reconfigurado a lo largo de su historia pero que siguen permeando una idiosincracia común más allá de sus diversidades nacionales, étnicas, sociales y políticas.

Podemos ver signos de esta presencia islámica, en su modo específicamente religioso y también religioso-político en cada uno de los países convulsionados. En Túnez, donde comenzó todo, el retorno del líder exiliado por más de 20 años Rashid al-Ghannoushi fundador del partido Ennahda (Renacimiento), fue celebrado por miles de partidarios que fueron a recibirlo. Este partido sigue siendo el de mayor predicamento entre los tunecinos y siempre abogó por un islam político democrático. Téngase en cuenta que un país como Túnez donde el movimiento sindical es importante y la existencia de una clase media modernista parecen pretender un estado secularista, los islamistas siguen siendo el partido de mayor representatividad, como quedó demostrado en cuanta elección fue autorizado a participar. Ghannoushi ha declarado que su agrupación no busca establecer un partido islámico sino que el modelo turco de islamismo moderado le parece el más adecuado para el propio Túnez.

En Egipto, los Hermanos Musulmanes apoyaron la rebelión espontánea de los millones que determinaron el derrocamiento de Mubarak. Aunque no puede decirse que fueron los impulsores de este movimiento de masas, sus seguidores participaron de la gesta de la plaza Tahrir y constituyen un factor insoslayable en la construcción política que resulte de esta pueblada. La Hermandad Musulmana, que nació en Egipto, también ha sido durante mucho tiempo el sector político que ha obtenido mayor apoyo popular. Aunque formalmente prohibidos por la dictadura egipcia, han participado en las elecciones limitadas que toleraba el régimen mediante candidatos independientes que ganaban gran parte de los escaños del parlamento. Por otro lado, sus actuales dirigentes han tomado un rumbo moderado que ya han declarado que también ven en el islamismo turco un ejemplo a seguir.

Estos islamistas siguen siendo los únicos que tienen un trabajo territorial entre las masas y los sectores medios bajos organizando clubes juveniles, centros de ayuda social, hospitales, organizaciones femeninas y culturales a pesar de la

represión salvaje y el encarcelamiento de muchos de sus militantes. Están allí donde el estado está ausente, desmantelado por las recetas del FMI.

Esta vigencia del islamismo político, con sus características propias, se repite en Argelia, Jordania, Yemen, etc. pero con distantes formas según el contexto en que se desenvuelve. Una mención especial merecen las petrocracias del Golfo: las monarquías conservadoras de Arabia Saudita, Katar, Omán, Bahrein justifican su política aduciendo que su poder les ha sido dado por el propio Profeta. Los monarcas de Arabia Saudita esgrimen los mayores pergaminos para eternizarse en el poder ya que se autoproclaman custodios de las dos sagradas mezquitas, de Mecca y Medina, lo cual les da un prestigio adicional. Pero hoy en día su utilización del islam no les alcanza para sofrenar a sus súbditos descontentos y por ello los Saud echan mano de sus fabulosos recursos económicos para aplacar las protestas, prometiendo aumentos de sueldo, alimentos subsidiados y otros beneficios. Esta modalidad intenta manejar a una población de poca relación con otros países árabes de tradiciones histórico-políticas distintas (casos de Egipto, Siria, Irak, El Líbano) ya que el dominio europeo directo y la forzada imposición de sus instituciones, fueron aprovechadas positivamente al momento de su lucha anti-colonial. En cambio, el aislamiento, el conservatismo social-religioso muy profundo, y la inexperiencia política (ya que en la mayoría de ellos no se ha permitido organización política de ningún tipo) dan a estos países del Golfo esa impronta especial. Cabe agregar que tanto en Arabia Saudita como en Bahrein las diferencias religiosas son azuzadas por los gobernantes para asegurarse su predominio. Sin embargo, en estos dos países los manifestantes marchan cantando consignas que subrayan que sunnitas y shiítas están unidos contra la opresión, que hay un solo islam.

El caso de Libia merece un tratamiento aparte no sólo por la violencia que han adquirido los reclamos ni tampoco por la vigencia de las solidaridades tribales por sobre las nacional-estatales, ni por su reciente incorporación al "club occidental", con Fuerzas Armadas no entrenadas ni manejadas por EE.UU., ni tampoco por el liderazgo de un Ghadafi que buscó enfrentar entre sí a las mismas tribus que lo llevaron al poder con el objeto de concentrarlo en sus manos, sino también por los distintos roles asumidos por el islam a través de los tiempos.

Es interesante recordar que EE.UU. libró su primera guerra en el exterior atacando a principios del siglo XIX a los que los occidentales llamaban piratas berberiscos

de Trípoli¹, quienes convocaron a la *jihad* para defenderse contra lo que consideraban un ataque extranjero a su soberanía, al negarse los norteamericanos a pagar tributo por la navegación en sus aguas con fines comerciales. Este recurso adoptado por los bereberes al apelar a la *jihad* en la lucha contra los estadounidenses era y es común entre los musulmanes ya que esa institución coránica legitima el combate o el esfuerzo para defender la causa de Dios. Un siglo más tarde, bajo la bandera del Islam, Omar Mukhtar se convertiría en el héroe nacional de la futura Libia al combatir contra la invasión italiana de 1911. Este combatiente pertenecía a la orden de los Senussis, la cual reinó en Libia hasta su deposición en 1969 por el Coronel Muammar Ghadafi. Es curioso ver que los rebeldes de hoy flamean la bandera senussí como demostración de rechazo a todas las banderas usadas por Ghadafi desde el derrocamiento de la monarquía. Si bien la mayoría de los rebeldes declaran que esto no significa adherir a la monarquía, los descendientes del rey Idris destronado por Ghadafi, apoyan a la oposición. Es curioso que los manifestantes no tengan reparos de usar la bandera anterior a 1969 ya que los senussis simplemente agregaron dos franjas rojas y verdes a la bandera negra con la estrella y el creciente blancos de la orden de la Senussiyya, la cual no fue defendida cuando el golpe de Gaddafi porque todos coincidían que se tiraba abajo a una dinastía corrupta que usurpaba la lucha gloriosa por la independencia. Actualmente es muy llamativo que todos los libios rebeldes hayan guardado en sus casas esta bandera que de repente apareció en manos de todos. También hay que recordar que en la región oriental, Cirenaica, las tribus musulmanas y la Senussiyya en particular fueron los más importantes opositores de Ghadafi, ya que en esta región surgió esta orden islámica que se expandió por Chad, Sudán y otras regiones del Sahara.

Otra nota interesante del rol cambiante del Islam en Libia, es que Ghadafi pretendió establecer una suerte de socialismo islámico al comienzo de su revolución pero siempre persiguió a los islamistas como sus enemigos mortales. Hoy en día se da la paradoja que Ghadafi acusa a la organización islamista al-Qayda de haber provocado la insurrección y el gobierno norteamericano, por boca de su secretaria de estado, Hillary Clinton, ha declarado asimismo que existe una ligazón de Ghadafi con esta organización islámica.

¹ Por esta guerra el himno del Cuerpo de Infantería de Marina de EE.UU. (U.S Marine Corps) hace mención a las costas de Trípoli y es cantado hasta hoy por los Marines.

Hemos utilizado el caso de Libia porque resulta muy ejemplificadora del complicado e incluso contradictorio entramado que significa el islam. Es notable señalar que los actuales opositores a Ghadafi gritan el tradicional *Allahu Akbar* (dios es el más grande) que es característico de los grupos islamistas catalogados como terroristas. Es comprensible, porque esta alocución es parte de las oraciones que debe practicar todo devoto musulmán pero adquiere diversas interpretaciones según los contextos y las situaciones en que es empleada.

En suma, el islam no está ausente en la actual revuelta árabe y de un lado y del otro es utilizado para los más diversos fines, un papel usualmente desempeñado por toda religión en la construcción de distintos proyectos políticos.